

Luz Abatángelo Stürzenbaum* y
Laura Ruth Yaser*

Otra joven homosexual: Los celos apasionados

Introducción

El objetivo de nuestro trabajo es reflexionar acerca de la dinámica de los celos como pasión, su presentación clínica y el abordaje terapéutico.

Para nuestra conceptualización, revisaremos las ideas de autores fundamentales de la literatura psicoanalítica, tales como Freud, Klein y otros.

Nos interesa poner en evidencia el padecimiento implicado en la situación pasional y las complejidades que esto implica en el campo de las transferencias recíprocas. Para ilustrar, presentamos la viñeta clínica de una joven paciente homosexual, describiendo los avatares de la relación amorosa con su pareja.

La pasión desde una perspectiva freudiana

Comenzaremos este apartado con una digresión, aclarando que desde la perspectiva filosófica, según expresa Ferrater Mora (1965), la pasión¹ es conceptualizada como una categoría aristotélica², comparable a una *afección*, cuyo par antitético es la *acción*. De tal manera,

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

1. *Pasión* (πάσχειν: /paschein/) deriva del indoeuropeo *pati*: “padecer”. Vocablos relacionados son *paciencia*, *pasivo*, *compasión*.

2. Las categorías aristotélicas aluden a: 1) Sustancia: (sustantivo) 2) Cantidad 3) Cualidad (adjetivo) 4) Relación: *doble* o *mayor que...* 5) Lugar 6) Tiempo 7) Posición; como *sentado* o *acostado* 8) Posesión como *abrigado* o *desabrigado* 9) Acción: como *ataca* o *ama* 10) Pasión: como *es atacado* o *es amado*. Nótese que estas dos últimas categorías presentan una relación antagónica entre sí.



Svayambhu, 2007
Wax and oil-based paint
Dimensions variable
©Anish Kapoor. All rights reserved DACS/SAVA 2020

es posible entender la pasión al modo de un afecto que desborda por insuficiencia o ineficacia de una acción específica.

Para la filosofía no resulta sencillo distinguir qué es lo que singulariza la *emoción* respecto del *sentimiento* o de la *pasión*, en tanto que en cualquiera de los tres términos subyace la noción de una agitación del ánimo. De hecho, mucho de lo que se dice acerca de alguno de estos conceptos es aplicable también a los otros.

Vemos así que, tal como ocurre con el concepto de inconsciente, que es precisado desde el psicoanálisis y no desde la filosofía, también con la teoría de los afectos (y, entre ellos, los afectos sin atemperar: las pasiones) se alcanza una comprensión más abarcativa y profunda con la inclusión de los enunciados freudianos.

La conceptualización psicoanalítica permite advertir que el afecto es un proceso de descarga, cuya configuración mixta, somática y representacional, constituye una especie de imagen en espejo del esquema de la pulsión.

La meta de la pulsión es lograr la cancelación de la tensión de necesidad en la fuente corporal y alcanzar el cumplimiento de un deseo. Es consabido que el logro completo de esta meta es imposible, por lo que el *quantum* remanente de investidura es descargado a través de una vía alternativa. Es lo que conocemos como afecto.

En tanto la estructura del afecto es mixta, los efectos de esta descarga se verifican tanto en lo corporal (a nivel motriz o secretorio) como en lo representativo y comunicacional.

Tal como ocurre en toda formación de compromiso, la mayor permeabilidad hacia la conciencia -o, dicho de otra manera, la mayor ligadura con representaciones palabra- permite que una frustración sea mejor tolerada, por ejemplo, en el caso de que alguien pueda hablar acerca de sus sentimientos de insatisfacción.

Cuando el factor cuantitativo y eventualmente la inconscientización de la frustración es mayor, es posible notar un compromiso en lo corporal. Veremos por ejemplo que, en el caso de una modalidad más melancólica, la descarga de afecto se produce en forma de efusión de lágrimas, sollozos, suspiros; en una más paranoide, podremos observar alguien que profiere quejas, eleva la voz, enrojece, manifiesta enojo, alude a una injusticia.

Pero cuando aquello de lo que se carece es de una importancia tal que implica el riesgo de someter al yo a la ofensa de perder su ilusoria integridad narcisista, nos encontramos ante una necesidad superlativa de llevar estos contenidos hacia lo inconsciente. En estos casos, la posibilidad de ligadura con representaciones palabra se hace mínima o nula, y el proceso de descarga indubitablemente involucra al cuerpo. Nos encontraremos con alguien que ha perdido su compostura, se encuentra fuera de sí. Tanto podría ocurrir que -sin control- proceda en un pasaje al acto, como que lo veamos enrojecido por la furia, pálido de ira o ahogado en una mezcla confusa de sensaciones.

Chiozza *et al.* (1993 [1992]/2008) plantean que en tanto reverso de lo pulsional y como estado del cuerpo, la pasión expresa la reactivación de experiencias primordiales en las que las causales de deseo y angustia están signadas por la avidez de los primeros lazos. De este modo,

el ser atormentado por el vacío se consume en la destructividad... la falta es experimentada como humillación narcisista, y se intenta anular la pérdida [...] [con] un lazo fusional, aunque se huya de él o se lo ataque cada vez que interviene la angustia persecutoria. Entonces el amor se sustenta en la rivalidad celosa, intenta fijarse en el ideal pero finalmente solo se sostiene en el odio. En efecto, si la alteridad es insoportable y la confusión peligrosa, el otro solo puede ser alcanzado en la violencia. En el límite, el desconocimiento de las fuentes incestuosas o agresivas de una pasión puede así transformarse en una certidumbre en la que la prueba se relaciona con el hecho de que alguien debe ser sacrificado. (Kaufman 1993/1996, pp. 392-393)

El análisis, al permitir la ligadura de estos afectos primarios con representaciones palabra, procura facilitar al sujeto su desaparego res-

pecto de objetos mal entendidos como indispensables y abrir una vía para desplegar nuevos cursos libidinales que se aparten de la repetición tanática.

En ¿Pueden los legos ejercer el análisis?, Freud (1926/1990a) plantea que

decidir cuándo es más acorde al fin dominar sus pasiones e inclinarse ante la realidad, o tomar partido por ellas y ponerse en pie de guerra frente al mundo exterior: he ahí el alfa y el omega de la sabiduría de vida. (p. 188)

Al final de su vida, al considerar el propósito terapéutico, indica:

ya sea que el yo acepte tras nuevo examen una exigencia pulsional hasta entonces rechazada, o que vuelva a desestimarla {verwerfen}, esta vez de manera definitiva, en cualquiera de ambos casos queda eliminado un peligro duradero, ampliada la extensión del yo, y en lo sucesivo se torna innecesario un costoso gasto.

Vencer las resistencias es la parte de nuestro trabajo que demanda el mayor tiempo y la máxima pena. Pero también es recompensada, pues produce una ventajosa alteración del yo, que se conserva independientemente del resultado de la transferencia y se afirma en la vida. (Freud, 1940 [1938]/1990b, p. 179)

Los celos

Freud (1922 [1921]/1990d) expone los celos como un estado afectivo infaltable en la vida humana, a punto tal que de no ser manifiestos, esto sería signo inequívoco de su represión.

En los casos en los cuales se presentan con una remarcable intensidad, los califica como 1) de competencia o normales, 2) proyectados y 3) delirantes. La primera subclase se manifiesta esencialmente al modo de un duelo por el objeto que se cree perdido, como afrenta narcisista y hostilidad hacia el rival. Existe también un variable grado de autocrítica.

Los celos proyectados provienen de la infidelidad, real o fantaseada, y los celos delirantes también provienen de anhelos reprimidos de infidelidad, pero sus objetos son personas del mismo sexo y la situación se encuentra teñida con un matiz paranoide. En una pareja heterosexual, se formularía: “No soy yo quien lo amo. Ella lo ama”.

Vale destacar que en este trabajo, en el apartado acerca de la homosexualidad, Freud plantea que por represión de la hostilidad y por influjo de la educación, muchas veces los celos que originariamente se dirigen hacia hermanos u otras personas significativas para los progenitores y del mismo sexo que el sujeto influyen para que este pueda orientar su interés erótico hacia estos rivales.

Por su parte, Klein (1957/1990b) discierne entre la envidia, los celos y la voracidad, explicando que la envidia se relaciona con la ira y dolor hacia aquella persona que posee o goza de algo deseable, y se genera el impulso de quitárselo o dañarlo. Este sentimiento refiere a la relación con una única persona y se remonta al temprano vínculo con la madre, con sus rasgos de exclusividad satisfactorios o fallidos.

Los celos, en cambio, si bien tienen como matriz la envidia, se construyen sobre una relación con dos personas al menos, y el sujeto siente que un rival le ha quitado el amor que se le debía (o le hace sentir este riesgo). En la concepción corriente, se describe el clásico triángulo, en el cual una persona se siente privada de la atención o de la seguridad de la presencia de su objeto por interferencia de un tercero.

La voracidad, por su parte, es el deseo insaciable e impetuoso que sobrepasa lo que el sujeto necesita y lo que el objeto es capaz y está dispuesto a dar. Puede decirse que la voracidad intenta vaciar; la envidia, destruir; y los celos, acaparar.

Para cerrar este apartado, podríamos agregar que Klein (1937/1990a) señala que quien logra trascender el odio, los celos y el resentimiento propio de las insatisfacciones en el vínculo con la propia madre disfruta de felicidad, repara los agravios reales o fantaseados y puede disfrutar del amor y la amistad.

Por el contrario, los sentimientos posesivos y la querrela reivindicativa socavan estos logros. De tal manera, sentimientos de intensidad mayor, conflictos infantiles no resueltos de rencor, voracidad o celos impiden disfrutar de la amistad y el amor.

La expectativa desmesurada respecto del amor y la atención que podría prodigar el objeto resultan una renovada fuente de frustración, resentimiento y dolor. En tanto estas expectativas suelen ser inconscientes, no pueden ser manejadas de manera racional y exponen a sentimientos de insatisfacción y soledad.

La pasión según Lacan

En el seminario Aún, Lacan (1972-1973/1981) refiere las pasiones como una zona de experiencia subjetiva, analítica.

Por eso mismo, las otras dos pasiones que se llaman amor que, nada tiene que ver en contra de lo elucubrado por la filosofía con el saber, y el odio, que es justo lo que más se acerca al ser, que llamo ex-sistir. Nada concentra más odio que ese decir donde se sitúa la ex-sistencia. (p. 147)

Lacan no propone una teoría general de los afectos, solo los aborda en tanto inciden en la cura psicoanalítica. Para este autor, el afecto significa que el sujeto se encuentra afectado por su relación con el Otro. Sostiene que los afectos no son significantes y, retomando la enseñanza freudiana, refiere que la represión no pesa sobre el afecto, que es desplazado o transformado, sino sobre el representante ideal que en términos de Lacan es el significante.

El abordaje de los afectos tiene consecuencias en la dirección de la cura en tanto, por ejemplo, la transferencia puede ser pensada en términos de estructura simbólica. Asimismo, los afectos podrían funcionar como señuelos, y es preferible que el analista esté prevenido de

“caer” en ellos. Esto no implica que el analista haga caso omiso de los afectos, sino que debería ser cauto en cuanto a su magnitud.

La entrada en el universo simbólico conlleva la pérdida radical del objeto, que queda rechazado en el tiempo mítico en el que el *infans* es sumergido en el baño de lenguaje. En sus primeras teorizaciones acerca del Estadio del espejo, Lacan refiere que el cachorro humano está excitado por la visión de su imagen frente al espejo, carente de recursos para reconocer la imagen como tal. Sostenido por Otro, el niño se identifica con esa imagen como si se tratara de él mismo.

La conquista de unir lo que estaba separado pasa por el descentramiento que produce lo simbólico. El efecto del lenguaje sobre el cuerpo es lo verdaderamente traumático que marca y afecta de manera única y singular a cada sujeto, orientando la modalidad de su goce.

El cuerpo como imagen es el lugar de los afectos, las emociones y las identificaciones imaginarias. Desde la perspectiva de Lacan (1946/2008), “el hombre es mucho más que su cuerpo, y al mismo tiempo no puede saber mucho más de su ser [...] esa pasión de ser un hombre [...] es la pasión del alma por excelencia, el *narcisismo*, que impone su estructura a todos sus deseos, aun a los más elevados” (p. 185).

Posteriormente, Lacan desplaza el afecto a la pasión. Ya no habla del sujeto del inconsciente como las pasiones del ser, sino del *parlêtre*, la relación del mismo con su cuerpo. Su teoría de los afectos quedará situada allí donde haya un cuerpo que es afectado, perturbado en su estructura por el lenguaje.

Este giro nos permite entender la pasión en relación con el Otro como un goce que viene a perturbar todo equilibrio posible, un goce fuera de una representación, fuera del decir bien, algo exterior a la palabra, con lo cual el sujeto no logra entrar en sintonía. Es ahí, entonces, donde es imposible nombrar aquello que queda extimio, atrapado en un goce que no permite el bien decir entre el significante y el deseo.

La historia de Zafira

Zafira llega a análisis a sus 35 años. Refiere que necesita ayuda por sus repetidas discusiones con Ana, su pareja desde hace tres años. En estas oportunidades, abundan los gritos destemplados, y Zafira siente que se hunde en la desesperación.

Se conocieron en un pub gay del centro de la ciudad donde vive desde hace cuatro años. En sus palabras, al principio solo se trataba “de una cuestión de calentura, pura piel”. Comenta que solo verla o el contacto de un beso encendía su excitación.

Zafi (como la llaman) es ejecutiva de finanzas en una empresa, por lo que viaja asiduamente. Ana, en cambio, es artista plástica. La relación se le fue haciendo cada vez “más indispensable”, hasta “sentirme en caída libre si Ana me falta”.

Fueron a vivir juntas al loft de Zafi, cerca del atelier de Ana. Los primeros meses de convivencia evidenciaron las dificultades para compaginar su vida en común. Además, era la primera vez que Zafi vivía en pareja. Comenta:

Era muy complicado armonizar sus horarios y los míos, ella trabajaba en su atelier desde la tardecita hasta la noche tarde porque decía que era su mejor tiempo de inspiración, pero yo tengo que dormir a una hora razonable para estar lúcida al día siguiente y trabajar.

Al año de convivencia, en una noche que Zafi estaba sola en su casa, después de cenar decidió acompañar a Ana a su atelier para compartir algo más de tiempo con ella. Caminó con cierta inquietud las cuadras que las separaban.

La noche estaba densa, la humedad sofocante del pleno verano dificultaba hasta la respiración. Cuando finalmente llegó al portal, lo encontró abierto y entró directamente. Ya ante la puerta, la recibió una jovencita a medio vestir, con una sábana rodeando su cuerpo.

Zafi relata que sintió que se desmayaba por el calor y que sus ojos se transformaban en ascuas. Solo recuerda sus gritos, entrar a la habitación tirando por el aire lo que encontraba a su paso. Fue inútil que Ana intentara explicarle que la joven era su modelo. Su ropa tirada en el suelo, dos copas de vino a medio terminar, el olor a porro, hicieron pensar a Zafi en la traición. “La horrible traición”, la llamaba ella.

Lo demás, según sus palabras, fue una seguidilla de gritos tumultuosos, escenas de locura, un intento de suicidio con pastillas. El dolor le resultaba insoportable, y “su alma estallaba a pedazos”. Era una sensación extraña, loca, ambivalente. Por una parte, la confianza estaba rota, pero por otra parte era impensable no sentir más su olor y su calor. Los encuentros sexuales se volvieron frenéticos, recurrió a alcohol, marihuana, pastillas para dormir y para despertar. La vida se transformó para ella en una “montaña rusa de sensaciones insoportables”.

La imagen y los sonidos que venían a la mente de la analista en las primeras entrevistas y en posteriores relatos de Zafi eran los de la ópera *Carmen*, de Georges Bizet.

Zafi era el apócope de Zafira. Su madre, una crítica de arte y literatura, perfeccionista y obsesionada por la belleza, había elegido su nombre porque cuando le trajeron a la pequeña vio que sus ojos eran azules como el zafiro.

Con el paso del tiempo, cuando sus ojos se fueron oscureciendo, su madre no se molestó en ocultar su decepción. Esta había sido la primera entre una larga cadena de decepciones que le despertarían la niña y que ella misma se encargaría de comunicarle.

Zafi había nacido como fruto de una relación casual en un viaje. Su madre había ido a Roma para dictar una conferencia. Siempre dedicada a su profesión, ya con 38 años, solo había establecido re-

laciones pasajeras con distintos hombres, pero sin que ningún tipo de compromiso la interfiriese porque ella, “por sobre todas las cosas, privilegiaba su libertad”.

Desde que Zafi podía recordar, su madre le contaba todas estas historias, hasta las más íntimas y personales, como si la niña fuera una amiga más. También le contó que apenas registraba quién había sido su padre. Sin embargo, cuando supo del embarazo decidió llevarlo adelante porque quería que esa niña, en palabras de Zafi, “fuese suya”. Y Zafi creció sin tener noticias de su padre.

Relata Zafi que desde pequeña quedó claro que en nada se parecía a su madre. Regordeta, de pelo marrón encrespado, poco aficionada a la música y a las artes, muy inclinada a los deportes bruscos, las ciencias exactas, la informática. Su madre, que había soñado con una hija que fuera su émulo, finalmente la dejó en un colegio internado en Europa. Allí transcurrió parte de su primaria y todo el secundario.

En cada encuentro con su madre, trataba de acercarse a ella, “mendigando su amor”, pero solo encontraba una madre hipercrítica con su pequeña regordeta, sin gracia y algo masculina. Una madre que respondía a sus pedidos de amor con indiferencia, y a sus preguntas acerca de su padre, con irritación: “No sé dónde está -decía su madre-. ¡Yo soy tu única familia! ¿Para qué lo necesitás, si soy yo quien te ha brindado todo en la vida?”.

Zafi fue siempre una alumna brillante. Siguió sus estudios de finanzas en el mismo país donde había estado escolarizada y siempre se destacó en lo intelectual. También tomó conciencia tempranamente de su atracción hacia las chicas. El internado era solo de mujeres. Con doce años, comenzó con juegos eróticos con su compañera de cuarto. Asumía siempre un rol dominante, y siempre celaba sus relaciones.

Si salían los fines de semana o en las vacaciones, no llamaba la atención de los varones. Su aire desprejuiciado, su look masculino, pelo corto con gel, camisas anchas que disimulaban sus pechos, jeans y mocasines la hacían sentir bien, según relata. Aún en la actualidad su forma de vestir es muy masculina.

En la universidad, sus relaciones se hicieron más promiscuas, y además sumó un importante consumo de alcohol, pastillas y marihuana. Sin embargo, su rendimiento académico fue excelente. Al recibirse, volvió a su país de nacimiento, alentada por una importante oferta de trabajo que le permitió un marcado crecimiento profesional.

Fuera de lo laboral, hasta que conoció a Ana solo había podido mantener relaciones “pasajeras”.

En su vínculo con su madre, el desencuentro se profundizó. Ella nunca le reconoció sus méritos académicos. Incluso, en ocasión de una pelea le espetó que la consideraba “una burguesa regordeta, burda, amante del dinero y sin ninguna sensibilidad por la belleza”.

Pocos años más tarde, su madre presentó problemas crecientes con el habla, la memoria y la locomoción. Le diagnosticaron demen-

cia. Zafi se hizo cargo de ella, pero rápidamente fue necesario encontrar una institución para que transcurriese allí sus días. En la actualidad, ella va a visitarla, pero la mujer apenas la registra.

El dolor de Zafi cala en su cuerpo. Le duele el pecho, se cierra su garganta..., una permanente angustia la acecha.

Primeras entrevistas

La analista recibe a Zafi. Se encuentra con una joven mujer, totalmente devastada.

Paciente: La verdad..., vengo a verla porque no puedo más con mi vida. Si estoy con Ana me consumen los celos, no me reconozco a mí misma. Me comporto de una manera que me espanta. Siempre fui algo posesiva con mis parejas, pero esto que estoy viviendo ahora no me pasó jamás. Solo tengo registro de haberme salido de control así en algunas peleas con mi madre. Especialmente cuando ella me hacía ver que estaba disconforme conmigo. Recuerdo una vez que Ana vino tarde a casa, yo había tenido un día difícil, así que había tomado varios energizantes. A la noche fumé marihuana y tomé un poco de más para intentar bajar mi aceleración, y al llegar Ana me reprochó el estado en que me encontró. Me dijo que yo estaba haciendo todo lo posible para alejarla de mí. Me desesperé. Estas palabras chocaron contra mi cabeza. Siento que estoy en caída libre. [Silencio prolongado. Lloro].

Analista: Querés encontrar un lugar donde ser escuchada, donde tu historia sea entendida. Un lugar donde no vuelvas a sentir rechazo.

P: Para mí es muy importante encontrar alguien que me acepte como soy. [Zafira relata que generalmente se ha sentido incomprendida y rechazada. Ejemplifica con historias que aluden a escenas de desencuentro, desaires y dolor].

A: Tanto te has sentido en caída libre, y tanto has sufrido miedo y dolor, que quizás hoy estás aquí para empezar a librarte de otras caídas dolorosas.

Un año después

P: [Entra demacrada y se desmorona en el diván]. Hoy es un día de perros. Hay cosas que no tolero. Mi asistente me sacó de quicio. ¿Desde cuándo supone que pueda tomar decisiones sin consultarme, por más analista *senior* que sea? [La analista recuerda que en la sesión anterior había planteado un reajuste de honorarios, pero mantiene esta ocurrencia sin ser enunciada].

Encima con Ana la tensión es insoportable, casi no nos hablamos, o directamente nos ladramos. El problema es que no nos aguantamos, pero pienso en estar sin ella, y me parece que me muero. A veces tengo miedo de quedar como mi vieja. Encima..., ¿quién se va a hacer cargo de mí? Porque ella tiene la suerte de que yo me ocupo, corro de aquí para allá, pago por todo. ¡Y después de todo lo que me despreció porque me dediqué a las finanzas! Y ahora la señora tiene un lugar de primera en una institución gracias a la “burguesa regordeta”.

A: Me contás distintas situaciones. La pelea con tu asistente, la situación tensa con Ana, el malestar que te genera tener que ocuparte de tu madre después de tantos desencuentros. Todas estas situaciones tienen un hilo conductor. Te hacen sentir como un perro ladrando solo, sin ser escuchada, ni entendida ni valorada. Esto me hace pensar que te encontrarás incómoda no solo con la analista *senior* de tu empresa, sino también con esta analista, que te actualiza los honorarios.

P: [Silencio profundo. Suspira]. Sí, algo de esto me pasa. Encima de todos mis quilombos, mi analista me encara y quiere que “actualicemos honorarios” [con tono de sorna]. ¡Aparte de todo, vengo a encontrarme una analista cara!

A: [con tono afectuoso] Yo actualizo honorarios, vos actualizás el libro de quejas.

P: [Se ríe estentóreamente]. Sí, ya sé que vivo quejándome. Me cuesta muchísimo salir de ahí. Pero, mirá: quisiera tener una buena relación con Ana, y los celos me consumen. Mi madre..., ¿qué te puedo decir..., tengo que cuidar de ella a pesar de que no me cuidó. En el trabajo, no entiendo por qué, tengo la posición que quería, pero tampoco estoy contenta.

A: Fijate que te reíste al señalarte lo de las quejas, pero después volvé sobre el tema. Me hablaste de Ana, de tu madre, que no fue la madre que soñabas, pero fue una madre... Pasás por alto que aunque fue en un modo insatisfactorio para vos, ella, como pudo, se ocupó. Y en muchos ámbitos de tu vida pasa que percibís mucho más rápido lo que falta que lo que hay.

A: “Otra vez la burra al trigo”.

P: [Zafi se ríe nuevamente. Hace silencio]. No sé por qué siempre termino arruinando las cosas. Estábamos bien, y quedamos disgustadas.

A: Es que parece que te cuesta aceptar que Ana es otra persona, con una vida propia. Y se te arruina la alegría de encontrarse porque buscás que ella esté disponible ciento por ciento para vos.

P: Es así. A mí no me cuesta quedarme en la oficina, demorarme por una reunión con un cliente, hasta ir a una fiesta corporativa, pero detesto que ella se quede tan contenta en su atelier y me deje esperando. Ella debería reconocer que lo mío es porque es parte de mi trabajo, y termina siendo el mayor porcentaje de nuestro ingreso.

A: Te enojás mucho porque estas situaciones te recuerdan el dolor que sentías con tu madre, porque ella no estaba completamente disponible. Y ahora con Ana te pasa lo mismo.

P: [Silencio, llora]. No es un tema de plata. Es mi problema de siempre. Siento que no me reconocen. Yo siento que ella no valora que yo me rompo el culo para que podamos viajar, tener una casa hermosa, y a ella parece que no le importa.

A: ¿De qué Ana me hablaste? ¿La que te hace masajes? ¿La que te espera con la cena? Decís que no es un tema de plata, pero todo lo que decís sobre el reconocimiento alude a cosas materiales...

P: Es cierto, pero es como una paradoja, yo siento que para que me reconozcan, doy lo que puedo, cosas materiales. Y, por otro lado, cuando me doy cuenta de que solamente me reconocen por la plata, me siento pésimo. Y es cierto que Ana tiene gestos cariñosos conmigo, que yo a veces los paso por alto. Ella trata de darme amor, y yo no sé cómo amar de esa forma.

Un sueño, un año más tarde

Un año más tarde, después de relatar que había visitado a su madre en la residencia y la había encontrado muy desmejorada, Zafi relata un sueño:

P: Anoche soñé y me desperté muy angustiada. Lo recuerdo muy vívido. Yo era chica, estaba con una valija y me acompañaba mamá. Estaba por viajar al internado en Europa. Venía de un lugar con luz, pero entraba a un corredor muy oscuro. Era como la manga del avión, pero sin iluminar. Miraba atrás, buscaba a mamá, pero no estaba. Lloré, la llamaba. Una azafata con un pañuelo azul y blanco de seda me explica que en este viaje es ella quien me va a acompañar.

Yo viajaba sola en un asiento doble, así que me podía acostar, y la azafata me ponía un almohadón y una manta.

De pronto, estoy en el internado, pero soy más grande. Estoy corriendo detrás de la sombra de un hombre, pero no lo puedo alcanzar. Y me desperté bañada en sudor, muy angustiada.

A: Te despertaste angustiada. ¿Con qué asociás este sueño?

P: Ayer fui a ver a mamá, estaba en su silla de ruedas mirando a la nada, me fui de ahí con una tristeza terrible. Ahora que te cuento esto me doy cuenta de que esa mirada perdida de ella me recuerda lo perdida que yo estaba mientras iba al internado.

A.: ¿Y esta azafata con pañuelo de seda?

P.: ¡Ahora caigo! Vos tenías un pañuelo de seda que me llamó la atención porque mi mamá los usaba así.

A.: ¿Y el hombre a quien no podés alcanzar?

P.: Una cosa que me reventaba era que, cuando comenzaban las vacaciones, a mis compañeras las buscaban los padres. La pareja. Y a mí, a veces, ni siquiera venía mamá, sino que hasta hubo un par de veces que envió a su secretaria. ¡Qué loco, esto! ¡Nunca lo había hablado ni compartido con nadie!

A.: En base a lo que traés, aparece que la poca disponibilidad que tenía tu mamá y la falta de un padre te han traído un gran dolor, pero también aparece otra persona que te puede contener y acompañar.

Otro sueño

P.: Soñé que estábamos en la cama con Ana, y yo quería tener relaciones, pero de pronto me doy cuenta de que soy chica como una muñeca. Salto entre sus senos y me empiezo a deslizar hacia su vagina como por un tobogán. Después me veo en un trío con Ana y con mi madre, pero joven. No sé cómo, quedamos Ana y yo teniendo relaciones, solas, en una playa. Me desperté superexcitada y la desperté a Ana. Tuvimos relaciones, genial.

A.: ¿Con qué asociás este sueño?

P.: Anoche estábamos viendo *Hable con ella*, de Almodóvar. Hay una escena en la cual un hombrecito se zambulle en una vagina. Lo que me rayó fue el trío con mamá y con Ana... ¡¿Qué fue eso?!

A.: Lo que pasa es que alguna vez estuviste dentro de tu mamá, pero naciste, y a partir de ahí, no podés volver a entrar en ella. Para no sentir rechazo, en el sueño le atribuiste a Ana tu deseo infantil de volver a entrar en mamá, pero tu vínculo sexual y amoroso es con Ana.

P.: Lo que me viene a la cabeza es que, cuando era chica, mamá solía preparar todo para viajar en su cuarto. Obviamente, no me avisaba, pero yo me daba cuenta. A mí me desesperaba, la quería abrazar, le pedía que se quede. Recuerdo que a ella le molestaba, me sacaba, me decía que tenía sus obligaciones y que yo la tenía que entender. Me acuerdo de mí misma sentada, triste. Siempre tenía ganas de abrazarla y no podía.

Dos años más tarde

La conflictividad entre Zafí y Ana ha ido disminuyendo.

Zafí pudo paulatinamente dejar atrás su resentimiento hacia su madre. Ya casi no se queja de la madre de la infancia, sino que cuida de la madre anciana que se encuentra a su cargo.

P.: Es triste, pero lo voy aceptando. La veo a mamá apagándose y... por suerte con Ana hemos crecido como pareja, y ella me apoya para sobrellevar todo esto. Es muy duro, pero siento que ella me sostiene. [silencio]

La semana pasada, no te conté, Ana expuso en una galería. Para ella fue un momento muy importante de su carrera, estaba muy emocionada. Yo, la verdad, siento que ahora puedo compartir sus logros. Me acuerdo que no mucho tiempo atrás en estas situaciones yo le ladraba por cualquier cosa y arruinaba la velada con algún arrebato celoso. En cambio ahora tenemos la fiesta en paz. Después terminamos la noche en uno de esos sótanos bohemios escuchando un espectáculo de jazz, ¿y a que no sabés lo que se me ocurrió?

A.: Supongo que vos me vas a decir.

P.: [Se ríe] ¡Ni te la imaginás...! Me di cuenta de que me encantaría aprender a tocar el saxo. [Levanta su mirada con placer y hace un ademán abriendo las manos]. Es un instrumento fuerte, potente, sensual..., y a mí el jazz me apasiona.

A.: Qué valioso esto que está pasando... Me contás que podés soportar los momentos dolorosos porque te sostenés en el amor genuino. Podés acompa-

ñar a tu pareja sin esperar ocupar solo vos su foco de atención. Y, finalmente, me traés que en lugar de descargar tu pasión como celos desbordados, la podés encauzar en la música, que es sentimiento y creación.

Conclusiones

En el caso presentado podemos describir la dinámica de los celos en un modo marcado con la metáfora de “los ojos como ascuas”. Esta mirada ardorosa dirigida al objeto denota que se ha traspasado el celo amoroso de cuidado del objeto para caer en un control celoso más vinculado a la herida narcisista de sentir que se ha perdido la importancia y el protagonismo para un objeto sin cuya mirada el sujeto siente que queda disuelto en la nada Chiozza (2008).

Entendemos esta situación pasional celotípica como una manifestación fundada en las vicisitudes de la elaboración del Edipo femenino y el estrago materno. La dificultad con la cual se desarrolló el vínculo madre-hija está teñida además por la ausencia de una figura paterna que hubiera podido poner corte al goce enloquecedor materno.

El reconocimiento y elaboración de la diferencia *yo/no-yo*, de la diferencia generacional y de la diferencia sexual manifestarían una adecuada elaboración narcisista, que en esta joven se ha visto dificultada fundamentalmente por el narcisismo de una madre que no reconoce la singularidad de su hija, como se percibe cuando denigra los rasgos que diferencian a la joven respecto de ella. Tampoco reconoce las diferencias etarias, al usar a su hija (cual si fuera una adulta) como receptáculo de sus casi evacuativos relatos. Esta madre, que así demanda ser escuchada, paradójicamente la desoye cuando la pequeña plantea sus preocupaciones y pedidos. Podría fantasearse como lema materno el: “Sos mía, pero te dejo en el vacío. Y no reclames, porque te desmiento”.

De este modo, el vínculo de Zafira con otra mujer aparece como tributario de su búsqueda de un objeto que sustituya el objeto materno frustrante. Y al estar esta búsqueda teñida de la perentoriedad intensa del vínculo infantil es que nuevamente se encuentra propensa al fracaso.

En el proceso de imaginización del cuerpo hay algo de la imagen narcisista que no se llega a constituir o que queda inestable. La identidad imaginaria establecida a partir del reflejo de la imagen del cuerpo en el espejo incluye una primera identificación con un órgano sexual, pero esta se encuentra signada por el reconocimiento y la valoración del Otro, y puede no corresponder con el órgano anatómico.

A los ojos de una madre que niega para sí la castración, Zafira queda como depositaria de la misma. La ausencia del padre que habría podido seducirla y libidinizarla la deja vulnerable y expuesta. Su apariencia es masculina, pero su posición subjetiva es femenina.

En el proceso del Edipo femenino, la niña desilusionada de su madre vira su mirada hacia el padre en espera de ese don que en términos freudianos corresponde a la ecuación *pene-niño*. La espera presenta dos dimensiones: la primera, en relación con la madre en lo concerniente a ser mujer, y la otra, en relación con la figura paterna en sí misma.

El significante de la feminidad está inadecuadamente inscripto en su estructura, por lo cual la niña intenta adquirirlo por la vía de la identificación viril. El significante paterno vacilante o fallido arrasa con la posibilidad de establecer esa dimensión de espera, por lo que la niña, retornando a la madre con una pregunta radical por su ser, en este caso no encuentra una respuesta amorosa, dado que su propia madre transitó fallidamente su elaboración edípica.

La tendencia a la repetición de actuaciones (consumo de sustancias, peleas, descontrol) se vincularía al ilusorio intento de negar el dolor de la castración (ser poco, no ser valorada, carecer de importancia). Si con las sustancias se intenta anestesiar el dolor, por otro lado, la querella intenta traer a la escena un protagonismo mal ganado, que además la deja en malos términos con su superyó y que configura un castigo más allá del principio de placer.

A través del proceso terapéutico, aquello que se presentaba como desborde pasional, fuera de toda representación y del buen decir, se va ligando con las representaciones palabra. Se va urdiendo con minuciosidad una trama representacional que permite encauzar la pulsionalidad saliendo de la repetición tanática, logrando un enriquecimiento en su manifestación afectiva y una salida sublimatoria a través del arte.

Resumen

En el presente trabajo se presentan reflexiones acerca de la dinámica de los celos como pasión, su presentación clínica y el abordaje terapéutico.

Para desarrollar esta conceptualización se han revisado ideas de autores fundamentales de la literatura psicoanalítica, tales como Freud, Klein y Lacan.

Se ha procurado hacer evidente el padecimiento implicado en la situación pasional y las complejidades que esto implica en el campo de las transferencias recíprocas, presentando de manera ilustrativa una viñeta clínica de una joven paciente homosexual, describiendo los avatares de la relación amorosa con su pareja.

Descriptor: *Celos, Homosexualidad femenina, Complejo de Edipo, Narcisismo, Pasión.*

Abstract

In this work some reflections about the dynamics of jealousy as a passion, its clinical presentation and its therapeutic approach are presented.

In order to develop this conceptualization, ideas of fundamental authors of psychoanalytic literature, such as Freud, Klein and Lacan have been reviewed.

The suffering implied in the passionate situation and the complexities that it implies in the field of reciprocal transferences, are illustrated with a small clinical vignette about a young homosexual woman, describing vicissitudes of the love relationship with her partner.

Keywords: *Jealousy, Feminine homosexuality, Oedipus complex, Narcissism, Passion.*

Referencias

- Batla, E. et al. (2003). *Un estrago: La relación madre-hija*. Buenos Aires: Vigencia.
- Chiozza, L. (2008). Los celos. En L. Chiozza, ¿Por qué nos equivocamos? Lo mal-pensado que emocionalmente nos conforma (vol. 17). Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Chiozza, L. et al. (2008). Una introducción al estudio de las claves de intervención de los afectos. En L. Chiozza, *Obras completas* (vol. 6). Buenos Aires: Libros del Zorzal. (Trabajo original publicado en 1993 [1992]).
- Ferrater Mora, J. (1965). *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana. (Trabajo original publicado en 1941).
- Freud, S. (1990a). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? En J. L. Etcheverry, *Obras completas* (vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1990b). Esquema del psicoanálisis. En J. L. Etcheverry, *Obras completas* (vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1940 [1938]).
- Freud, S. (1990c). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry, *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1990d). Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad. En J. L. Etcheverry, *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1922 [1921]).
- Kaufmann, P. (1996). *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis: El aporte freudiano*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1993).
- Klein, M. (1990a). Amor, culpa y reparación. En M. Klein, *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1937).
- Klein, M. (1990b). Envidia y gratitud. En M. Klein, *Obras completas* (vol. 4). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1957).
- Lacan, J. (1981) *El seminario de Jacques Lacan, libro 20: Aún*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1972-1973).
- Lacan, J. (1988). *El seminario de Jacques Lacan, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959).
- Lacan, J. (2008). Acerca de la causalidad psíquica. En J. Lacan, *Escritos 1*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1946).
- Miller, J. A. (1988). A propósito de los afectos en la experiencia analítica. En J. A. Miller, *Matemas 2*. Buenos Aires: Manantial.